

Luchas urbanas alrededor del fútbol

Fernando Carrión y María José Rodríguez
Coordinadores

© Fernando Carrión y María José Rodríguez

© 5^{ta} avenida editores

Dirección editorial: Pablo Salgado J.

Diseño gráfico: Laylí Quinteros Loza

Corrección de estilo: Mauricio Alvarado Dávila

Cuidado de la edición: Juan Carlos Cabezas

Foto de portada: 123RF

5ta. Avenida Editores

Av. 12 de Octubre N24-739 y Colón

Edif. Boreal, Torre B Ofi. 614

02 382 6901 - 02 602 0761 - 02 604 6839

www.lagranmanzana.com.ec

ISBN: 978-9942-8524-1-0

Impresión: Gráficas Benic

HECHO EN ECUADOR, SEPTIEMBRE 2014

Presentación ILDIS 4

Introducción

La polisemia del fútbol 7
Fernando Carrión y María José Rodríguez

Capítulo 1

Estado, mercado y fútbol

La dimensión política del fútbol: su fascinación y encanto 27
Fernando Carrión

¿Globalización o hipermercantilización del fútbol? 47
Pablo Samaniego

Fútbol, disciplinamiento, culpa y olvido: nuevas andanzas del Mundial del 78 63
Pablo Alabarces

México 86: el fútbol en medio de las crisis 87
León Felipe Telléz Contreras

Copa del Mundo en Brasil: un tsunami de capitales que profundizan las desigualdades urbanas 115
Erminia Maricato

Fútbol brasileño: de la *ginga* local a la globalización 137
Paulo Ormino de Azevedo

Capítulo 2

Conflictividad social y violencia alrededor del fútbol

Cuando la ciudad sale a la calle: megaeventos, meganegocios, mega-protestas en Brasil, 2013 153
Carlos Vainer

“No queremos goles, queremos frijoles”, México mundialista: 1970 y 1986 171
Sergio Varela Hernández

Violencia en el fútbol: razones de una sinrazón 195
Fernando Carrión

Los actores y la seguridad en el fútbol. Una lectura desde Argentina 213
Marcelo Saín y Nicolás Rodríguez Games

Situación brasileña en evidencia 241
Heloisa Reis, Felipe Tavares Paes Lopes, Mariana Z. Martins

Mafias entorno al deporte más popular del mundo

Francesco Forgione

265

Capítulo 3

Territorio y fútbol

El fútbol: la construcción de múltiples identidades en conflicto

Carlos Alberto Máximo Pimenta

291

El fútbol, territorio (local, nacional, global) de pasión y de tedio

Sergio Villena

313

Goles barriales, mujeres en el fútbol barrial

Karina Borja

341

Río de Janeiro, la excepción: la ciudad de clubes-barrio.

Un ensayo sobre tipologías escalares del fútbol

Pedro Abramo y Arantxa Rodríguez

367

Fútbol y territorio:

Identidades fragmentadas en la ciudad de Buenos Aires

Daniel Míguez y José Garriga Zucal

401

Montevideo: fútbol barrial e identidades sociales urbanas

Nelson Inda

425

La Vuelta a Boedo de San Lorenzo de Almagro

Marcelo Corti

451

Capítulo 4

Desarrollo urbano y fútbol

La ciudad que tiene nombre de equipo de fútbol: Barcelona

Gabriel Colomé

469

Modernidad, identidad y fútbol. La ciudad de Lima y el Club Alianza Lima

Aldo Panfichi

483

Liga de Loja y su impacto económico

Kevin Jiménez V.

497

El fútbol y la ciudad, la ciudad y el fútbol: simetrías en América Latina

Óscar Figueroa y Martín Figueroa

517

Modernidad, identidad y fútbol. La ciudad de Lima y el Club Alianza Lima

*Aldo Panfichi*²⁹⁸

²⁹⁸ Es profesor principal del Departamento de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP), jefe de Departamento. Es doctor en Sociología por The New School for Social Research Nueva York (EEUU) y máster en Sociología por la PUCP. Posee varias publicaciones. Áreas de investigación: sociedad civil y democracia; conflictos y representación política, política comparada latinoamericana, análisis de redes sociales y políticas.

Entre fines del siglo XIX e inicios del XX (1890 y 1930), Lima dejó de ser una ciudad tradicional y con rezagos coloniales para transformarse, no sin grandes tensiones, en una ciudad moderna, con mejor infraestructura y con grupos de heterogéneos de individuos con distintas raza, lengua y condición social ocupando espacios públicos y enfrascados en la política electoral, en las luchas sociales y en la práctica del deporte, en especial el fútbol.

La transformación de la ciudad fue posible por los recursos y los procesos de cambio que provenían de una coyuntura de crecimiento económico, por el incremento de los precios y del volumen de las exportaciones de azúcar, algodón, cobre y caucho, hacia países en procesos de industrialización y con disputas políticas. La Primera Guerra Mundial (1914-1919) y la reconstrucción posbélica fueron significativamente buenas para la economía del país. Además, en esos mismos años se establecieron en Lima las primeras industrias de alimentos, bebidas, calzado y textiles, orientadas al consumo interno. La mayor parte de estas industrias y otras de índole comercial fueron iniciativa de capitales ingleses, estadounidenses, o de inmigrantes italianos. Aparte de que los beneficios de las exportaciones se derivaron hacia la inversión en terrenos urbanos y rurales adyacentes a la ciudad. Una élite liberal local promovía la urbanización. También en 1890 inició sus operaciones la fábrica textil Vitarte, y en 1898, la fábrica La Victoria, Santa Catalina en 1899 y El Inca en 1903.

La urbe desbordó los límites de la ciudad colonial e inició la construcción en terrenos cercanos, abriendo calles e impulsando la construcción de avenidas y plazas públicas y mejorando los servicios y el transporte. En efecto, en 1902 se instaló el alumbrado público eléctrico y en 1906 se puso en servicio un tranvía que con 40 km de vía cruzaba la ciudad e interconectaba barrios y plazas. Asimismo, en 1897 se inauguró el denominado Campo de Santa Beatriz, en dirección al sur de la ciudad y donde se concentra una serie de actividades atléticas y deportivas. En este lugar, en 1921, con motivo del Centenario de la Independencia, se construyó el Estadio Nacional, obsequio de la comunidad inglesa residente en el país (Gerardo, estadios).

La modernización fue impulsada por una élite liberal que, si bien promovía el desarrollo urbano de la ciudad, al mismo tiempo alentaba en su heterogénea población de blancos, mestizos, indígenas, negros y asiáticos la prácti-

ca de actividades físicas y deportivas que deberían producir el hombre nuevo, viril, capaz de defender la patria ante un eventual nuevo conflicto bélico. Esta élite identificaba como un freno a la modernidad y el progreso la pervivencia de prácticas y valoraciones señoriales y cortesanas de origen colonial. Indudablemente, la experiencia de la derrota de la Guerra del Pacífico y la ocupación de Lima tienen un papel importante en este enfoque.

En este contexto, la rápida difusión de la práctica del fútbol, la formación espontánea de clubes en todos los sectores sociales, así como la creación de espacios de competencia entre estos clubes, generaron la posibilidad de que individuos de distinto color de piel, linaje de apellido y condición social pudieran competir en igualdad de condiciones en un campo deportivo abierto al público. De esta manera, personas consideradas inferiores y despreciables, según criterios de estratificación social señoriales, podían “ganar” y obtener “victorias” deportivas que resultaban casi imposibles de lograr en otras esferas de la vida cotidiana. Con estas victorias llegaron narrativas, héroes populares y fechas emblemáticas que celebrar. La popularidad del fútbol y la identificación entre grupos específicos de seguidores y clubes fue la base sobre la cual se construyeron identidades deportivas o futbolísticas de distinta índole y escala. Clubes de ingleses o sus descendientes, clubes de escolares, de obreros y trabajadores, clubes de barrio o lugar de origen emergían por doquier, complejizando mucho más el tejido de la sociedad limeña.

Durante estos años, entre los numerosos clubes existentes, el club Alianza Lima logró erigirse como el más popular y representativo de la ciudad. Postulamos la hipótesis de que esto es posible por la presencia de tres factores en la identidad primigenia del club, que representan el proceso de cambio y transformación de la ciudad de entonces. Nos referimos al sentimiento comunitario de barrio, a la cultura urbana mestiza y afroperuana y la pertenencia a la clase obrera o trabajadora. Factores de identificación que se construyen en forma paralela a la transformación urbana y su tejido social.

Club Alianza Lima

El club Alianza Lima fue fundado en febrero de 1901 con el nombre de Sport Alianza, por un grupo de adolescentes, de entre 9 y 16 años de edad, de la calle

Cotabambas, en el barrio las “Chacaritas”, cerca de la Alameda Grau, aún en el interior del casco histórico de la vieja ciudad colonial. El barrio se formó en 1857, cuando Mariano Felipe Paz Soldán, miembro de una de las familias tradicionales del país, compró una huerta de un noviciado y procedió a urbanizarla con fines mercantiles. De esta manera se pudieron construir los jirones Bambas, Cotabambas, Sandia, Mapiri e Inambiri, que llegaban hasta el pie donde antes se erigían las antiguas murallas. En estas calles se combinan viviendas individuales y colectivas (solares y callejones) con caballerizas, pequeñas huertas y talleres artesanales.

A inicios del siglo XX, según Martín Benavides (2000), los precios de los terrenos mostraban a Chacaritas como un barrio popular pero no entre los más pobres de la ciudad, como Malambo (Rímac) o Maravillas (Barrios Altos), que tenían precios de sus terrenos aún más bajos. Chacaritas se encontraba a corta distancia del campo de Santa Sofía, propiedad del club Lima Cricket, conformado por residentes ingleses y peruanos de élite que habían estudiado en Londres. El club Lima Cricket and Lawn Tennis fue fundado en 1865, pero desde 1900 pasó a llamarse Cricket and Football Club. En el campo de Santa Sofía, desde 1888 se practicaban deportes modernos de origen inglés, entre ellos el fútbol, por lo que es altamente probable que los adolescentes del barrio fueran testigos fascinados de estas actividades deportivas, decidieran imitarlos primero y luego desafiarlos, como reseña la crónica de Jose Gálvez (1966).

El fútbol, entonces, se difundió rápidamente desde los clubes de inmigrantes ingleses y jóvenes de élite a las escuelas públicas, a los barrios populares y a las fábricas recién inauguradas, convirtiéndose en una de las pocas actividades que integraba socialmente y creaba lazos horizontales en el interior de una heterogénea población urbana. Además, como muestra Gerardo Álvarez, se fueron constituyendo redes de competencia de distinta índole y generándose los espacios públicos para este fin (2013, 2008). Con la competencia, se generaron rivalidades y adhesiones que se irían plasmando en identidades deportivas y futbolísticas.

Desde los municipios y con el apoyo de los diarios *El Comercio*, *La Opinión Nacional* y *La Prensa*, las élites modernizantes alentaron con entusiasmo la difusión de los nuevos deportes y disciplinas atléticas, en desmedro

de prácticas consideradas tradicionales como las peleas de gallos, los toros y las apuestas de distinta índole. En efecto, los municipios, desde 1989 y a través de las escuelas fiscales que administraban, organizaron los primeros campeonatos de fútbol con la idea de que había que introducir en la juventud ejercicios físicos y juegos atléticos como un “modificador higiénico de la raza” peruana, percibida como derrotada, frívola y “enclenque” (Fanni Muñoz, 2001).

Es fácil imaginar el proceso en los barrios de la ciudad. Un grupo heterogéneo de adolescentes se reúne en la casa de alguno de ellos, en la esquina del barrio o en la tienda amiga, para organizar un club de fútbol y practicarlo en terrenos y caballerizas cercanas, imitando a los “gringos” del Lima Cricket y Unión Cricket, clubes de ingleses y peruanos de elite dedicados a la práctica de deportes como el *cricket*, el polo, la esgrima y el ciclismo. Pronto vendrían las competencias contra otros clubes de barrio o colegio, donde se dirimían superioridades o se construían formas de prestigio local. Competencia que entonces era posible por la mayor interconexión entre las distintas partes de la ciudad y por la existencia de campos deportivos dedicados a este fin. La mecánica es conocida: los muchachos de ayer como los de hoy, sin recursos pero con bastante imaginación, buscan entre los pudientes del barrio a alguien que ponga las camisetas o las pelotas, nombrándolo a cambio padrino o presidente honorario. Esta era (y aún lo es) una práctica social extendida donde se intercambian ciertos bienes materiales por prestigio y respeto personal.

Precisamente esto es lo que pasó con Sport Alianza en 1901. No se trató de trabajadores del *stud* de caballos “Alianza”, propiedad de quien luego sería presidente de la República, Augusto B. Leguía, como la historia más difundida indica. Como muestra Martín Benavides: se trató de un grupo heterogéneo de adolescentes, étnicamente mestizos e incluso hijos de inmigrantes pobres italianos y chinos, que jugaban al fútbol imitando a los gringos de Santa Sofía en una caballeriza del barrio llamada “Alianza” (Benavides, 2000). Se ha podido precisar que entre los jóvenes fundadores del club no había ninguno de raza negra, aunque eran pobres y mestizos con influencias étnicas distintas. Lo afroperuano como factor de identidad vendría pocos años más tarde, con la mudanza a La Victoria.

Entre los fundadores se destacaban los hermanos Carlos y Eduardo Pedreschi, de 17 y 15, años respectivamente, en 1901. Los Pedreschi eran hijos

de una familia de inmigrantes italianos y el padre era propietario de la bodega del barrio. Según Cesar Miro, esta familia apoyó económicamente los primeros pasos de este club de adolescentes, al punto que, en 1912, Carlos Pedreschi, a los 28 años, era reconocido como el presidente y “protector” del club. Otros miembros eran los hermanos Cucalón, Eleodoro y Augusto, de 16 y 17 años, hijos de un comerciante y pescador chino natural de Cantón y de una mujer morena. Los Cucalón iban al colegio Guadalupe. También estaba José Carreño, cuya familia ofreció la sala de la casa para las primeras asambleas. La madre de Carreño era costurera, una ocupación típica de las mujeres populares de la época. Se menciona además a José Chacalta, hijo del carpintero del barrio. Una modesta caballeriza y no un *stud* habría sido uno de los escenarios iniciales de los primeros partidos con pelota de trapo de este modesto club de barrio.

Se sabe, eso sí, que entre 1905 y 1908 Sport Alianza jugó varios partidos en la explanada de la Escuela Militar de Chorrillos con otros clubes similares llamados Sport Grau, Leoncio Prado y Alfonso Ugarte, clubes cuyos nombres muestran la memoria vida de la Guerra del Pacífico. El primer presidente honorario fue Foción Mariátegui, joven administrador de la caballeriza “Alianza”, que se unía con entusiasmo a los partidos de fútbol organizados por los muchachos del barrio. Los numerosos clubes de barrio que se formaron jugaban también en un lugar conocido como “recreo Grau” y en 1911 se inauguró la rivalidad con el Atlético Chalaco del Callao, con un accidentado partido donde incluso tomaron parte espectadores identificados con uno u otro equipo. No fue sino hasta los años 20 que, cansados de no tener local propio en el Centro de Lima, viviendo de alquileres o sesionando en casa de alguno de los socios o jugadores, el club cruzó la Alameda Grau y se instaló en el pujante barrio obrero de La Victoria. En ese entonces, Alianza ya llevaba consigo el prestigio de haber ganado los primeros campeonatos de fútbol, como el Escudo Dewar en 1916 y 1918 (Panfichi, 2001).

La Victoria

La Victoria surgió como distrito obrero y de sectores medios, bajo el impulso de las primeras inversiones de capital inmobiliario en terrenos eriazos ubicados en los

extramuros de la antigua ciudad colonial. En efecto, inmediatamente después de la destrucción de las murallas en 1871, el Ing. Luis Sada presentó por encargo del presidente Balta (1868-1872) el proyecto urbano de formar un nuevo distrito en los terrenos de la “Huerta Victoria”, con un diseño de amplias y delineadas calles organizadas alrededor de una plaza principal (la actual plaza Manco Cápac). Según una de las tradiciones de Ricardo Palma, la casa hacienda de Huerta Victoria había sido propiedad de doña Victoria Tristán de Echenique, esposa del expresidente general Rufino Echenique, y en ella, a mediados del siglo XIX, se realizaban majestuosas fiestas de la oligarquía local (Ricardo Palma, 1893).

Las penurias de la guerra postergaron el proyecto hasta 1896, cuando dos empresas, la Compañía Urbana la Victoria, propiedad de Domingo Olavegoya, y la Compañía Nacional la Cerámica, iniciaron la lotización y venta de lotes de terrenos para vivienda. Eran los años del Gobierno de Nicolás de Piérola (XXX). En 1907, el Banco de Perú y Londres ofreció créditos a los interesados compradores. Sin embargo, el alto precio de terrenos que hasta 1920 no contaban con los servicios urbanos básicos desalentó a muchos. El escritor Juan Bromley recuerda cómo en 1919 La Victoria se abastecía de agua de pilones colocados en la plaza principal y que, ante la ausencia de desagüe, la población utilizaba acequias y riachuelos. En realidad se ofrecían terrenos lotizados para vivienda pero sin ningún servicio básico.

Pasaron los años y, alrededor de la plaza principal y cerca de las fábricas textiles que se habían instalado, fueron apareciendo pequeños comercios, locales de artesanos, bares o chinganas y numerosas casas colectivas como callejones, solares y casas de vecindad. En estas encontraban residencia los obreros y trabajadores, muchos de ellos afroperuanos y mestizos de los viejos barrios del centro de Lima o recién llegados de Chíncha, Cañete, Huacho y otras zonas del norte y sur chico.

Como señalamos anteriormente, en la década de 1920, el club Alianza Lima dejó su local prestado en el barrio de Chacaritas y se trasladó a La Victoria. La noción de barrio como una sociedad local de fuertes lazos de hermandad y relaciones cara a cara se reforzó en La Victoria, con nuevas generaciones de jugadores, mayormente negros y mestizos, buena parte de ellos obreros textiles, trabajadores de construcción civil o de transporte público.

Jugadores que vivían en callejones y casas de vecindad, que participaban de sindicatos y ollas comunes y que se enfrentaban con éxito a otros clubes, incluso a los de élite y considerados socialmente superiores. Así se fueron cristalizando significados sociales y culturales que convertirían a Alianza Lima en una de las identidades y pasiones deportivas de mayor arraigo en una ciudad en proceso de modernización.

Rápidamente, Alianza Lima pasó a ser identificado como el equipo del pueblo, con sus jugadores mestizos y negros, obreros y trabajadores, y con La Victoria como un barrio popular emblemático para los jóvenes de distintos sectores de la ciudad. Alianza Lima, de esta manera, se convirtió en uno de los escasos símbolos positivos de identidad negra y un espacio social donde los jugadores podían construir formas de prestigio y respeto individual y colectivo, tan escaso en una población discriminada étnica y socialmente. Son estas asociaciones las que definen históricamente el significado cultural de ser aliancista.

Los mejores jugadores del club de aquellos años como Alejandro “Manguera” Villanueva, José María Lavalle, los hermanos Rostaing, Alberto Montellanos, los hermanos García, eran afroperuanos y al mismo tiempo trabajaban como obreros textiles o de construcción civil. Según el censo de Lima de 1908, el 16,6 por ciento de los obreros de construcción civil era de raza negra, por lo que no sorprende que en esos años a los jugadores de Alianza se les llamara también los “albañiles”. La relación entre el fútbol y la clase obrera organizada fue fluida y natural. Los trabajadores no solo buscaban mejorar sus condiciones de vida, sino también ejercer el derecho político o ciudadano a participar en las nuevas actividades recreativas y formar parte de las nuevas formas de asociación civil que constituían los clubes de fútbol. No es extraño, entonces, el surgimiento de clubes de obreros como el Sport Inca de la Inca Cotton Mill; Sport Progreso de la Fábrica del Progreso, Sport Vitarte de la Fábrica de Tejidos Vitarte, y José Gálvez de la Fábrica Textil La Victoria. Con estos equipos formados por otros compañeros de trabajo jugaban los trabajadores de Alianza, y junto a las rivalidades deportivas también se desarrollaron diversas formas de solidaridad de clase.

Una de ellas fue la participación frecuente de jugadores de Alianza en actividades deportivas y culturales organizadas por gremios y organizaciones

obreras. En 1918, el movimiento sindical ya había conseguido el derecho a la jornada de trabajo de 8 horas y organizaba jornadas culturales y deportivas con motivo de aniversarios gremiales, recolección de fondos para alguna huelga o la impresión de revistas y folletos. La reducción de la jornada de trabajo había permitido que los trabajadores dedicaran mayor tiempo a las prácticas deportivas, como varios testimonios indican. Entre 1921 y 1931, varios jugadores aliancistas participaron en la famosa Fiesta de la Planta de Vitarte, una celebración obrera a la naturaleza que incluía teatro, música, poesía, fútbol, voleibol, ciclismo y varias formas de competencia pedestre. La Fiesta concluía con un baile general y jarana. En 1927, José Carlos Mariátegui publicó en la *Revista Amauta*, un informe especial sobre la Fiesta de la Planta que incluía las fotografías de los dos mejores equipos de fútbol. La fotografía del equipo de la Federación de Choferes muestra varios jugadores aliancistas al igual que el equipo de la Federación Textil, solo que esta vez defendiendo colores sindicales.

La mayoría de jugadores que conformaban Alianza vivía en antiguos barrios populares como San Lázaro, Malambo y los Barrios Altos, o en las nuevas zonas de expansión urbana como Lince, la Victoria y Santa Beatriz. No obstante esta diversidad, la fuerte concentración afroperuana en La Victoria, alentada mediante redes personales y familiares que servían para conseguir trabajo, vivienda en alguna casa de vecindad e incluso la posibilidad de jugar por Alianza, hizo que muchos otros afroperuanos de otros barrios, e incluso de otras zonas de la costa peruana, desarrollaran fuertes vínculos de identificación y pertenencia imaginaria con el club y con un barrio negro emblemático: La Victoria. El reclutamiento de jugadores vía redes también incluía a jugadores que no eran negros pero que sí estaban identificados con la cultura criolla afroperuana. En 1927, en una obra de construcción civil en Lince, se encontraron el adobero y futbolista Víctor Lavalle y el joven ayudante de 16 años Juan Valdivieso, el primero lo observó jugar en los partidos que los trabajadores desarrollaban después de las jornadas de trabajo y luego lo invitó a entrenar con Alianza.

La invitación a jugar por Alianza era casi irresistible, por el creciente hinchaje y adhesión popular que concitaba. Más aún si Alianza se coronó campeón nacional en las torneos organizadas por la liga de fútbol los años 1918,

1919, 1927, 1928 (1931, 1932, 1933, y 1934), conquistas ruidosamente celebradas por su hinchada y que hacen suya una manera peculiar de jugar al fútbol, un estilo propio opuesto al juego físico y mecánico de los ingleses y que hace gala de un alto virtuosismo técnico y un juego alegre y espectacular. Un estilo que define incluso la naturaleza del fútbol peruano, donde la habilidad en el trato del balón está por encima de la fuerza y el esfuerzo físico, valores “criollos” apreciados por la cultura popular de la época.

Durante los años 20 e inicios de los 30, el club tenía una estructura colectivista y casi cooperativa. Los jugadores, crecientemente idolatrados por los hinchas, manejaban directamente el club sin mayor diferenciación de roles que no fueran el carisma y el liderazgo de un grupo concreto de jugadores. Las directivas y los presidentes honorarios o benefactores no fueron capaces o no les interesaba imponer cierto orden institucional. Los jugadores tenían entre sí fuertes vínculos de confianza y compadrazgo que promovían la amistad, la camaradería y la bohemia criolla. Formas de vinculación que cruzan espacios sociales diversos como la fábrica o el trabajo, el club y la familia, cohesionado firmemente a jugadores e hinchas frente a otras rivalidades deportivas, sociales y culturales. Allí nació el término de “Íntimos de La Victoria” para referirse a los jugadores del club que tenían en la noción de intimidad un rasgo central que regulaba la vida en común de estos futbolistas. De alguna manera, Alianza, en esos años, conservaba ciertas características organizativas que provenían de las viejas cofradías religiosas o de las sociedades o mutuales obreras de ayuda mutua, resistiéndose los jugadores a que el club adoptara formas empresariales de organización.

El fanatismo popular por Alianza Lima se acentuó enormemente desde 1927, cuando un grupo de estudiantes blancos y de buena posición económica de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos formaron el club Federación Universitaria y que luego, a inicios de la década del 30, cambiaría su nombre por el actual Universitario de Deportes. De los numerosos clubes existentes, la Federación Universitaria se convertiría en el clásico rival por vencer. Y es que en el enfrentamiento entre ambos clubes se daba la posibilidad de ritualizar en un campo de fútbol los conflictos étnicos y culturales (negros y cholos versus blancos) y de clase (trabajadores pobres y estudian-

tes acomodados) que dividían la sociedad peruana de entonces. En un campo de juego y en una competencia en igualdad de condiciones, premisa básica de toda democracia, los hinchas se identificaban socialmente con aquellos héroes populares que, virtuosos con el balón, podían enfrentar e incluso superar a equipos de blancos y ricos, sin que estos pudieran hacer valer sus privilegios, como ocurría en la vida diaria.

También, como la mayoría de los jugadores eran obreros o trabajadores de escasos recursos, la práctica del fútbol, además de permitir la construcción de reconocimiento y prestigio social, era también una manera de ganarse un dinero extra para subsistir. Esta posibilidad se vio amenazada en 1929, cuando la Federación Peruana de Fútbol, con el objeto de preparar un seleccionado para participar en el sudamericano de Argentina, dispuso no realizar el campeonato nacional de ese año, con el fin de disponer mayor tiempo de los jugadores. La reacción de los jugadores de Alianza fue en contra de esta disposición, argumentando que preferían seguir jugando semanalmente en el torneo local, ya que esto producía un ingreso que complementaba sus entradas como trabajadores manuales.

No se trató de una reacción antiperuana, como de inmediato algunos medios de prensa acusaron a los aliancistas. Se dijo incluso, en forma despectiva, que, como eran personas sin educación, no sentían amor a la patria. La verdad es que, más allá del ingreso complementario, solo imaginar la posibilidad que estos jugadores estuvieran por un período largo sin contacto con su popular hinchada, sin renovar el prestigio y respeto personal que habían ganado jugando al fútbol, y sin obtener victorias que reafirmaran en un campo deportivo que los pobres también podían ganar, era demasiado. A esto, los jugadores agregaron quejas sobre actos de discriminación y racismo. Al respecto la revista *Toros y Deporte* dice que en 1929 muchos hablaban y murmuraban. “Cómo vamos a mandar un equipo de negros al campeonato, dirán que somos un país de esa raza” (Deustua, Stein, Stokes 1982).

Frente a la negativa de los jugadores aliancistas, la Federación Peruana de Fútbol expulsó al club de su organización, inhabilitándolo de participar de cualquier campeonato oficial. Se les prohibió además jugar en los estadios y campos de fútbol que administraba la Federación y menos aún cobrar entrada a los aficionados.

Testimonios de estos años recuerdan cómo, ante la prohibición en los mercados y las plazas públicas, se anunciaba oralmente la llegada de Alianza a jugar los domingos en alguna cancha o terreno que rodeaba la ciudad. Pampa de Amancaes, Lince y Lobaton, Vitarte, Lurín, Pachacámac y Chilca son algunos de los barrios y lugares donde Alianza se presentaba en partidos de exhibición, convocando multitudes ávidas de ver y aplaudir a sus ídolos injustamente sancionados. Estos partidos informales o al margen de los organismos oficiales constituían eventos deportivos y culturales de gran importancia local, con bienvenidas, celebraciones, diplomas o medallas, almuerzos y, por supuesto, jaranas criollas. Los jugadores se repartían en partes iguales el dinero recolectado entre el público para completar sus presupuestos familiares.

El fracaso de la Selección peruana sin los jugadores de Alianza en el Campeonato Sudamericano de 1930 en Argentina produjo muchas críticas y expresiones populares de descontento, las cuales se combinaban al salir de los estadios con la agitación social por el precio de las subsistencias y el desempleo obrero. Documentos de los archivos de la Prefectura de esos años, registrados por historiadores como Gerardo Álvarez y Carlos Aguirre, sugieren concentraciones de aficionados al fútbol que se transformaron en manifestaciones callejeras de protesta, que obligaron la intervención represiva de gendarmes embistiendo con caballos a la multitud. Poco después, la Federación Peruana de Fútbol levantó el castigo al club Alianza Lima, que reapareció frente al equipo argentino de Tucumán vencéndolo por 2-0, en medio de manifestaciones populares de alegría y adhesión. Al volver a las competencias oficiales, Alianza Lima logró campeón en los torneos nacionales de 1931, 1932, 1933 y 1934. Su fama trascendió nuestras fronteras y pronto llegaron las giras al exterior, como a Centro América y Chile, que los consolidaron en la mitología popular como el famoso “Rodillo Negro”. Un rodillo que aplastaba a todos, incluyendo a clubes rivales de un origen social considerado en ese entonces como superior.

En suma, la transformación de Lima de una ciudad tradicional a una moderna trajo consigo grandes cambios en su estructura urbana pero también en las formas de socialización, interacción y construcción de identidades de su heterogénea población. En este proceso, el club Alianza Lima recogió las

tensiones y desafíos de esos años de cambio y se convirtió en la mayor pasión deportiva del Perú desde esos años hasta ahora.

Bibliografía

Álvarez, Gerardo (2013), "El fútbol como espectáculo público en Lima, 1910-1940"; Lima Siglo XX Cultura, Socialización y Cambio; Carlos Aguirre y Aldo Panfichi, editores. Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.

Álvarez Gerardo (2008), "El fútbol en Lima: actores e instituciones 1892-1912", en *Ese gol existe. Una mirada al Perú a través del Fútbol*, Aldo Panfichi, editor, Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.

Benavides, Martín (2000), *Una pelota de trapo, un corazón blanquiazul. Tradición e Identidad en Alianza Lima 1901-1996*, Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.

Ricardo Bromley (1958), El Distrito de La Victoria, mimeo

Gálvez, José (1935), Estampas limeñas. Compañía de Impresiones y Publicidad Enrique Bustamante

Miró, César (1998) (1958), Los Íntimos de La Victoria. Asociación Civil Pro-Niño Íntimo.

Muñoz, Fanni (2001), *Diversiones Publicas en Lima 1890-1920. La experiencia de la modernidad; Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales*

Palma, Ricardo (1893), "El baile de La Victoria"; Tradiciones Peruanas Vol. 1; Montaner y Simón, Universidad de Harvard.

Panfichi, Aldo (2002), "Alianza Lima: los orígenes de cien años de pasión 1901-2001"; En el corazón del Pueblo Pasión y gloria de Alianza Lima 1901-2001; Fondo Editorial del Congreso de la República

Panfichi, Aldo (2000), "Africanía, barrios populares y cultura criolla a inicios del siglo XX", Lo Africano en la Cultura Criolla. Fondo Editorial del Congreso de la República.

Panfichi, Aldo (1995), "Urbanización temprana de Lima, 1535-1900", en *Mundos Interiores: Lima 1850-1950*; Aldo Panfichi y Felipe Portocarrero, editores; Centro de Investigación Universidad del Pacífico

Stein, Steve (1987), "Entre el offside y el chimpun: las clases populares limeñas y el fútbol 1900-1930", en *Lima Obrera 1900-1930*, Editorial El Virrey.

Tapia, Rafael (1992), "La fiesta de la Planta en Vitarte", en *Pretextos 3-4*, DESCO.